

Robert McMahon

La Guerra Fría

Una breve introducción



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Cold War. A Very Short Introduction*
Traducción: Carmen Criado

The Cold War. A very Short Introduction ha sido publicada originalmente en inglés en 2003. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Alianza Editorial es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no será responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad en dicha traducción ni de cualquier problema derivado de la confianza depositada en la editorial.

Primera edición: 2009
Segunda edición: 2016
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Robert J. McMahon, 2003
© de la traducción: Carmen Criado Fernández, 2009
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-481-9
Depósito legal: M. 25.871-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio a esta edición
13	1. La Segunda Guerra Mundial y la destrucción del viejo orden
34	2. Los orígenes de la Guerra Fría en Europa (1945-1950)
61	3. Hacia la «guerra caliente» en Asia (1945-1950)
90	4. Una Guerra Fría global (1950-1958)
121	5. De la confrontación a la distensión (1958-1968)
157	6. Repercusiones internas de la Guerra Fría
180	7. Ascenso y caída de la <i>détente</i> (1968-1979)
211	8. La fase final (1980-1990)
245	Bibliografía
251	Índice de ilustraciones
253	Índice de mapas
255	Índice analítico

Prefacio a esta edición

Escribir una breve historia del conflicto que dominó, y determinó en gran parte, los asuntos internacionales durante casi medio siglo ha resultado una tarea tan estimulante como abrumadora. Sobre la gran mayoría de los acontecimientos, crisis, tendencias y personalidades de los que trata este libro, necesariamente breve, existen monografías detalladas, muchas de ellas excelentes y la mayor parte considerablemente más extensas que el presente volumen. Más aún, acerca de casi todos los aspectos de la Guerra Fría se han desarrollado encendidos debates académicos, a menudo ásperos, que se han avivado e intensificado en años recientes debido a la publicación de documentación anteriormente secreta, existente en archivos de Estados Unidos, Rusia, Europa del Este y China entre otros lugares, y a las nuevas perspectivas que ofrece el paso del tiempo. En consecuencia, este libro no pretende —tampoco podría hacerlo— decir la última palabra so-

bre la Guerra Fría ni representar nada parecido a una historia exhaustiva de ese complejo y polifacético conflicto.

En lugar de eso, mi propósito ha sido proporcionar una interpretación global, tan accesible a los estudiantes como al lector en general. Este libro ofrece una descripción general de la Guerra Fría, desde 1945 hasta el desenlace del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética en 1990, y elucida acontecimientos, tendencias y temas partiendo de algunas de las investigaciones más importantes sobre el conflicto publicadas recientemente. He procurado, sobre todo, poner al alcance del lector una base esencial para la comprensión y la valoración de uno de los acontecimientos seminales de la historia contemporánea.

Inevitablemente he tenido que llevar a cabo una difícil selección en cuanto a qué incluir y qué omitir de un enfrentamiento que abarcó cuarenta y cinco años y afectó prácticamente al mundo entero. La limitación del espacio me ha obligado a omitir algunos episodios significativos y a tratar otros de la forma más breve posible. Por otro lado, decidí prestar una menor atención al aspecto militar del conflicto.

Lo que sigue constituye, por tanto, como promete el título, una «breve introducción» a la Guerra Fría, escrita desde una perspectiva internacional y un punto de vista posterior a su desarrollo. Entre las cuestiones clave que aborda este texto figuran: ¿cómo, cuándo y por qué comenzó la Guerra Fría?; ¿por qué duró tanto tiempo?; ¿por qué pasó desde sus orígenes en la posguerra europea a abarcar prácticamente el mundo entero?; ¿por qué acabó tan súbita e inesperadamente?, y ¿qué impacto causó?

Quiero dar las gracias a Robert Zieger, Lawrence Freedman y Melvyn Leffler, que leyeron el manuscrito y me hicieron valiosas sugerencias para mejorarlo. Gracias también a Rebecca O'Connor por su aliento, sus consejos y su apoyo, y a todo el equipo editorial de Oxford University Press que convirtieron en un placer la tarea de escribir este libro.

1. La Segunda Guerra Mundial y la destrucción del viejo orden

Cualquier explicación del comienzo de la Guerra Fría debe tener como punto de partida la Segunda Guerra Mundial, en todos los aspectos el conflicto más destructivo de la historia de la humanidad, causante de un nivel de muerte, devastación, miseria y desorden sin precedentes.

«La conflagración de 1939-1945 fue tan dolorosa, tan total, tan profunda, que provocó un vuelco total del mundo —observa el historiador Thomas G. Paterson—, no sólo de un mundo de trabajadores, campesinos, comerciantes, financieros e intelectuales prósperos y productivos, no sólo de un mundo seguro de familias y comunidades unidas, no sólo de un mundo de guardias de asalto nazis y kamikazes japoneses, sino de todo eso y más.» Al alterar también «el mundo de la política estable, la sabiduría heredada, las tradiciones, las instituciones, las alianzas, las lealtades, el comercio y las clases so-

ciales», creó las condiciones que hicieron posible, si no inevitable, un gran enfrentamiento de poderes.

Un mundo trastocado

Aproximadamente 60 millones de personas perdieron la vida como resultado directo de la guerra, dos tercios de ellas no combatientes. Los países perdedores del Eje, Alemania, Japón e Italia, sufrieron más de 3 millones de bajas civiles; los vencedores, los aliados, soportaron pérdidas aún mayores: al menos 35 millones de bajas civiles. Asombrosamente, pereció entre el 10 y el 20% de la población total de la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia, y entre el 4 y el 6% de la población total de Alemania, Italia, Austria, Hungría, Japón y China. Aunque el cómputo exacto del número de víctimas provocado por esta devastadora conflagración mundial sigue desafiando los esfuerzos por alcanzar la precisión estadística, la magnitud de la pérdida en cuanto a vidas humanas continúa pareciéndonos hoy, dos generaciones después de la Segunda Guerra Mundial, tan inconmensurable como lo pareció en el período de la inmediata posguerra.

Al acabar la contienda gran parte del continente europeo se encontraba en ruínas. El primer ministro británico Winston Churchill describió la Europa de la posguerra, en su prosa particularmente gráfica, como «un montón de escombros, un osario, un criadero de pestilencia y de odio». Berlín era «un verdadero yermo —observó el corresponsal William Shirer—: Creo que en ningún lugar se ha dado una destrucción a semejante

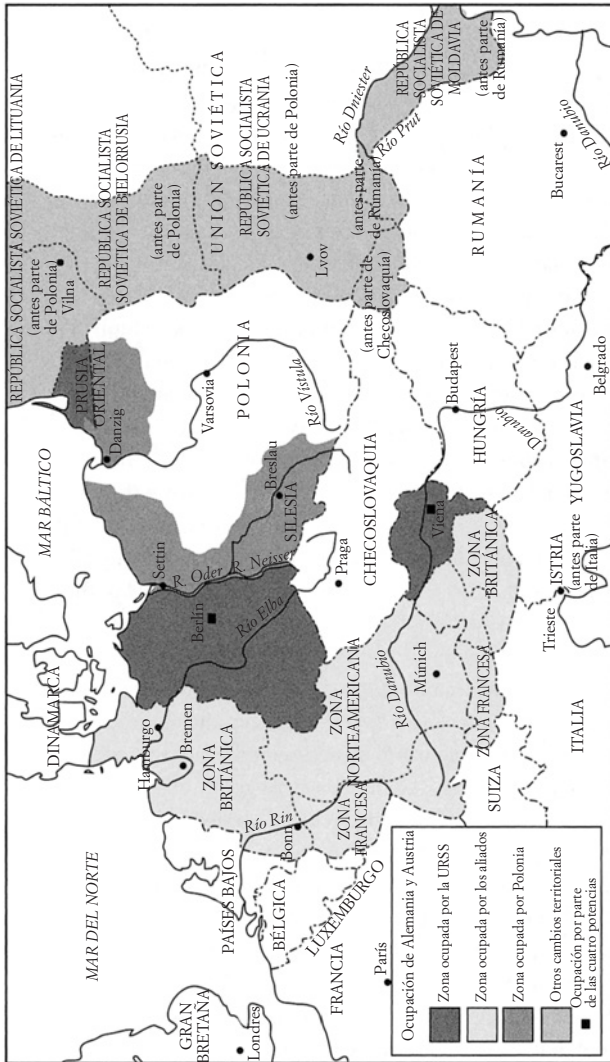
escala». Lo cierto es que muchas de las grandes ciudades de la Europa central y oriental sufrieron un nivel comparable de devastación: el 90% de los edificios de Colonia, Düsseldorf y Hamburgo y el 70% de los edificios del centro de Viena fueron destruidos por los bombardeos aliados. En Varsovia, según informó John Hershey, los alemanes habían destruido sistemáticamente «calle tras calle, callejón tras callejón y casa tras casa. No queda más que un remedo de arquitectura». El embajador norteamericano Arthur Bliss Lane escribió en julio de 1945 al entrar en la ciudad arrasada por la guerra: «El repugnante olor dulzón a carne humana quemada fue la sombría advertencia de que estábamos entrando en una ciudad de muertos». En Francia, una quinta parte de los edificios del país habían sufrido daños o habían sido destruidos; en Grecia, una cuarta parte. Incluso Gran Bretaña, que nunca estuvo ocupada, sufrió daños importantes, debidos principalmente a los bombardeos nazis, y perdió aproximadamente la cuarta parte del total de su riqueza nacional en el curso del conflicto. Las pérdidas soviéticas fueron las más graves: 25 millones de personas murieron, otros 25 millones quedaron sin hogar, 6 millones de edificios fueron destruidos y gran parte de las instalaciones industriales y de las tierras productivas del país quedaron inutilizadas. Unos 50 millones de supervivientes de toda Europa se vieron obligados a abandonar sus hogares, 16 millones de ellos descritos por los vencedores con el eufemismo de «desplazados».

En la posguerra asiática las condiciones eran casi igual de sombrías. Prácticamente todas las ciudades de Japón habían sufrido los constantes bombardeos norteameri-

canos y el 40% de sus zonas urbanas habían sido completamente destruidas. Tokio, la ciudad más populosa de Japón, fue devastada por las bombas incendiarias aliadas, que destruyeron más de la mitad de sus edificios. Hiroshima y Nagasaki conocieron un destino aún más trágico cuando las dos explosiones atómicas que pusieron fin a la Guerra del Pacífico las arrasaron totalmente. Aproximadamente 9 millones de japoneses habían quedado sin hogar cuando sus líderes finalmente capitularon. En China, campo de batalla durante más de una década, las instalaciones industriales de Manchuria habían sido destruidas, y las fértiles tierras del río Amarillo se hallaban inundadas. Cuatro millones de indonesios habían muerto como consecuencia directa o indirecta del conflicto. Un millón de indios sucumbieron debido a la hambruna de 1943 provocada por la guerra, y un millón más murió en Indochina dos años más tarde. Aunque gran parte del Sureste Asiático se libró de los horrores que sufrieron Japón, China y varias islas del Pacífico, otros lugares, como Filipinas y Birmania, no tuvieron tanta suerte. Durante la última fase de la contienda, el 80% de los edificios de Manila fueron destruidos en una confrontación salvaje. Según el testimonio del líder birmano Ba Maw, un combate igualmente brutal había tenido lugar en Birmania y había «reducido a ruinas una gran parte del país».

La gran oleada de muerte y devastación provocada por la guerra destruyó no sólo gran parte de Europa y de Asia, sino también el viejo orden internacional. «La estructura y el orden que habíamos heredado del siglo XIX habían desaparecido», observó el secretario de Estado

1. La Segunda Guerra Mundial y la destrucción del viejo orden



Europa central tras la Segunda Guerra Mundial.

norteamericano Dean Acheson. Efectivamente, el sistema internacional eurocéntrico que había dominado el mundo durante quinientos años se había desintegrado prácticamente de la noche a la mañana. Dos gigantes militares de proporciones continentales –que ya se calificaban de superpotencias– se habían alzado en su lugar y trataban de forjar, por separado, un nuevo orden acorde con sus particulares necesidades y valores.

Conforme la guerra se acercaba a su fase final, hasta el observador más despreocupado de la política mundial podía ver que Estados Unidos y la URSS tenían en sus manos las mejores bazas diplomáticas, económicas y militares. Sólo acerca de un objetivo básico estaban esencialmente de acuerdo aquellos adversarios convertidos en aliados: era imprescindible restaurar rápidamente una apariencia de autoridad y estabilidad, y no sólo en las zonas directamente afectadas por la guerra, sino en todo el sistema internacional. Como advirtió el subsecretario de Estado Joseph Grew, la tarea era tan urgente como abrumadora: «De la actual penuria económica y de la agitación política puede surgir la anarquía».

Las raíces inmediatas de la Guerra Fría, al menos en un sentido general y estructural, se hunden en la intersección entre un mundo postrado por un conflicto global devastador y las recetas opuestas para la creación de un orden internacional que Washington y Moscú pretendían imponer a un mundo moldeable destrozado por la guerra. Siempre que un orden internacional imperante y el equilibrio de poder que le acompaña se derrumban, surge invariablemente algún grado de conflicto, especialmente cuando la caída se produce con tan pasmosa

brusquedad. En este sentido, la tensión, el recelo y la rivalidad que afectaron a las relaciones entre Estados Unidos y la URSS después de la guerra no representaron ninguna sorpresa. Sin embargo, el *grado* y el *alcance* del enfrentamiento, y especialmente su *duración*, no pueden explicarse aludiendo exclusivamente a fuerzas estructurales. Después de todo, la historia nos ofrece numerosos ejemplos de grandes potencias que siguieron la senda del compromiso y la colaboración, y optaron por actuar de común acuerdo con el fin de instaurar un orden internacional aceptable capaz de satisfacer los intereses fundamentales de cada una de ellas. Los estudiosos han empleado la expresión «condominio de grandes potencias» para describir ese sistema. A pesar de las esperanzas de algunos altos cargos tanto estadounidenses como soviéticos, en este caso no sucedería así por motivos directamente relacionados con los orígenes de la Guerra Fría. En resumen, lo que transformó unas tensiones inevitables en una confrontación épica de cuatro décadas de duración a la que damos el nombre de Guerra Fría fueron las aspiraciones, necesidades, historias, instituciones gubernamentales e ideologías divergentes de Estados Unidos y la Unión Soviética.

La visión norteamericana del orden de posguerra

Estados Unidos superó el desastre de la Segunda Guerra Mundial con pérdidas relativamente moderadas. Aunque unos 400.000 soldados norteamericanos murieron

en la lucha contra las potencias del Eje, el 75% aproximadamente en el campo de batalla, conviene subrayar que esa cifra representó solamente el 1% del número total de víctimas mortales de la guerra y menos del 2% de la pérdida de vidas humanas sufrida por la Unión Soviética. Para la mayoría de los ciudadanos estadounidenses, a diferencia de lo que ocurrió en Europa, Oriente, África del Norte y otros lugares, la guerra no significó sufrimiento y privaciones, sino prosperidad e, incluso, abundancia. El producto interior bruto del país se duplicó entre 1941 y 1945, ofreciendo las ventajas de una economía extremadamente productiva y de pleno empleo a una ciudadanía acostumbrada a las privaciones impuestas por una década de depresión. Los salarios subieron espectacularmente durante los años que duró la contienda y los norteamericanos se encontraron disfrutando de la abundancia de unos bienes de consumo que ahora estaban a su alcance. «El pueblo americano –observó el director de la Oficina de Movilización y Reconversión– se enfrenta al agradable dilema de tener que aprender a llevar una vida un cincuenta por ciento mejor de la que ha conocido hasta ahora.»

En marzo de 1945, el nuevo presidente, Harry S. Truman, simplemente expresó lo evidente al comentar: «Hemos surgido de esta guerra como la nación más poderosa del mundo, la nación más poderosa, quizá, de toda la historia». Y sin embargo, ni los beneficios económicos que la guerra había proporcionado a los norteamericanos, ni el poder militar, ni la capacidad productiva, ni el prestigio internacional creciente que había alcanzado la nación durante su lucha contra la agresión

del Eje podían atenuar la aterradora inseguridad que caracterizaba al mundo originado por la guerra. El ataque japonés a Pearl Harbor había destruido definitivamente la ilusión de invulnerabilidad que los norteamericanos habían experimentado desde el fin de las guerras napoleónicas a comienzos del siglo XIX.

La obsesión por la seguridad nacional, que se convertiría en el principal motor de la política exterior y de defensa a lo largo de toda la Guerra Fría, tuvo su origen en los acontecimientos que culminaron en el ataque del 7 de diciembre de 1941, y que acabó con el mito de la indestructibilidad de la nación. Los norteamericanos no volverían a experimentar un ataque a su país tan directo e inesperado hasta sesenta años después, con los atentados terroristas de Washington y Nueva York.

Los estrategas militares estadounidenses aprendieron varias lecciones del audaz ataque japonés, cada una de las cuales tuvo profundas repercusiones con respecto al futuro. Se convencieron, en primer lugar, de que la tecnología, y en especial el poder de la aviación, había contraído el mundo de tal forma que la tan cacareada barrera de los dos océanos ya no proporcionaba a Norteamérica suficiente protección ante un ataque exterior. Una auténtica seguridad exigía ahora una defensa que comenzaba mucho más allá de las costas del país, es decir, utilizando la fórmula militar, «una defensa en profundidad». Ese concepto llevó a los responsables de Defensa de los gobiernos de Roosevelt y de Truman a abogar por el establecimiento de una red global integrada de bases aéreas y navales controladas por Estados Unidos y por la negociación de derechos generalizados

de tráfico aéreo militar. Ambos objetivos permitirían al país ejercer más fácilmente su poder en puntos potencialmente conflictivos y disuadir a posibles enemigos mucho antes de que consiguieran la capacidad de atacar territorio norteamericano. Una lista de emplazamientos «esenciales» compilada por el Departamento de Estado en 1946 da una idea aproximada de la amplitud de sus exigencias con respecto a bases militares estadounidenses. La lista incluía, entre otros lugares, Birmania, Canadá, las islas Fiji, Nueva Zelanda, Cuba, Groenlandia, Ecuador, Marruecos Francés, Senegal, Islandia, Liberia, Panamá, Perú y las Azores.

En segundo lugar, y en un sentido general, los estrategas norteamericanos decidieron que nunca más debería volver a permitirse que el poder militar de la nación llegara a atrofiarse. La fuerza militar de Estados Unidos, acordaron, debía ser un elemento esencial del nuevo orden mundial. Los gobiernos de Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman insistieron, pues, en mantener unas fuerzas navales y aéreas superiores a las de cualquier otra nación, además de una fuerte presencia militar en el Pacífico, el dominio del hemisferio occidental, un papel central en la ocupación de los países enemigos derrotados –Italia, Alemania, Austria y Japón– y un monopolio continuado de la bomba atómica. Incluso antes del comienzo de la Guerra Fría, los responsables de la planificación estratégica de Estados Unidos operaban a partir de un concepto extraordinariamente expansivo de la seguridad nacional.

Una tercera lección que los líderes norteamericanos aprendieron de la experiencia de la Segunda Guerra Mun-

dial vino a reforzar esta amplia visión de los requisitos de la seguridad nacional: nunca jamás habrían de permitir que una nación hostil, o una coalición de naciones hostiles, adquiriera un control preponderante sobre la población, el territorio y los recursos de Europa y del este de Asia. El corazón de Eurasia, como gustaban de llamar a esta región los expertos en geopolítica, constituía la presa económica y estratégica más preciada del mundo; la combinación de sus abundantes recursos naturales, su avanzada infraestructura industrial, su mano de obra cualificada y sus complejas instalaciones militares la convertían en la piedra angular del poder mundial, como tan dolorosamente vinieron a demostrar los acontecimientos de 1940-1941. Cuando las potencias del Eje se hicieron con el control de Eurasia a comienzos de la década de los cuarenta, consiguieron los medios necesarios para mantener una guerra prolongada, subvertir la economía mundial, cometer crímenes horrendos contra la humanidad y amenazar, y finalmente atacar, al hemisferio occidental. Los altos cargos de Defensa estadounidenses temían que si esto volvía a ocurrir, el sistema internacional volvería a desestabilizarse, el equilibrio de poderes quedaría peligrosamente distorsionado y la seguridad del país correría un grave peligro. Más aún, aunque pudiera evitarse que se produjera un ataque directo a Estados Unidos, Norteamérica tenía que estar preparada para esa eventualidad, lo cual significaría un aumento radical tanto del gasto militar como del personal dedicado de forma permanente a la Defensa, una reconfiguración de la economía nacional y la limitación, dentro del país, de unas libertades muy apreciadas por los ciudadanos. En resumen, el control de Eurasia por parte del Eje o de cualquier

futuro enemigo pondría también en peligro su sistema de libertades, un sistema crucial para las creencias y valores básicos estadounidenses. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial ofrecía en este sentido unas lecciones muy duras sobre la importancia de mantener un equilibrio de poder favorable en Eurasia.

La dimensión estratégica y militar del orden mundial era, para la mentalidad norteamericana, inseparable de la dimensión económica. Los planificadores estadounidenses consideraban la instauración de un sistema económico internacional más abierto y más libre un factor indispensable del nuevo orden que estaban decididos a construir a partir de las cenizas de la más horrible conflagración de la historia. La experiencia les había enseñado, como recordó el secretario de Estado, Cordell Hull, que la libertad de comercio era un prerrequisito esencial de la paz. La autarquía, las limitaciones comerciales y las barreras nacionales impuestas a la inversión extranjera y a la convertibilidad de la moneda que habían caracterizado la década de la depresión no hacían más que alentar la rivalidad y los conflictos. Un mundo más abierto, de acuerdo con la fórmula norteamericana, sería un mundo más próspero, que tendría como consecuencia, a su vez, un mundo más estable y más pacífico. Para alcanzar esos objetivos, Estados Unidos ejerció durante la guerra, en consejos diplomáticos, una fuerte presión en favor de un régimen económico multilateral de comercio liberalizado, igualdad de oportunidades de inversión para todas las naciones, un sistema de tipos de cambio estables y libertad de convertibilidad total. En la Conferencia de Bretton Woods, celebrada a fines de 1944, Estados Uni-

dos consiguió una aceptación general de esos principios, además del apoyo para la creación de dos instituciones supranacionales clave, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial), encargadas ambas de contribuir a estabilizar la economía global. Que Estados Unidos —el principal estado capitalista del mundo, que al final de la guerra producía un asombroso 50% de los bienes y servicios del mundo— sin duda se beneficiaría de este régimen comercial multilateral tan decididamente respaldado por los gobiernos de Roosevelt y de Truman y por los hombres de negocios del país, era algo que se daba por hecho. Los ideales norteamericanos estaban inextricablemente unidos a los intereses norteamericanos.

En un editorial del mes de diciembre de 1944, el *Chicago Tribune* reflejaba el optimismo y la confianza en sí misma de la sociedad estadounidense al proclamar orgullosamente que era «una suerte para el mundo», y no sólo para Estados Unidos, que «el poder y unas incuestionables intenciones» se hubieran unido ahora en la Gran República Norteamericana. Esta seguridad en el honroso destino de Estados Unidos estaba profundamente enraizada en la historia y la cultura norteamericanas. Tanto las élites como el resto de la población aceptaban la idea de que la responsabilidad histórica de su país consistía en crear un mundo nuevo más pacífico, próspero y estable. Sus líderes albergaban pocas dudas respecto a la capacidad de la nación para llevar a cabo una transición tan trascendental, y no veían ningún posible conflicto entre el orden mundial que deseaban